

Extrait du El Correo

<http://www.elcorreo.eu.org/Los-problemas-del-autonomismo-de-Claudio-Katz-I-V>

Los problemas del autonomismo, de Claudio Katz (I -» V)

- Reflexions et travaux -

Date de mise en ligne : lundi 16 mai 2005

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

El ascenso de nuevos gobiernos de centroizquierda en Sudamérica confirma las dificultades de los movimientos sociales para proyectarse al plano político. El autonomismo desconoce estas limitaciones porque idealiza la resistencia popular espontánea. No registra que las asambleas y los piquetes en Argentina fueron insuficientes para impedir la reconstitución del poder de las clases dominantes. Tampoco nota que los agrupamientos de lucha expresan peculiaridades nacionales y plantean demandas antiimperialistas.

El autonomismo desvaloriza la estrategia, la conciencia y la organización que necesitan los oprimidos para triunfar. Descalifica la confrontación con los opresores en el terreno electoral e ignora las restricciones de la democracia directa. No percibe que los precarizados forman parte de la clase trabajadora, ni toma en cuenta las tradiciones comunes que asocian a los excluidos con los incluidos.

Renunciar a tomar el poder condujo en el pasado a muchos fracasos. El estado es un referente de las demandas populares y solo podría extinguirse al cabo de una larga transición socialista. Pero este proyecto requiere el manejo y la transformación previa de esa institución. La multiplicación de contrapoderes no evitará la negociación con el estado para obtener conquistas populares.

El autonomismo pierde de vista que las cooperativas no pueden prosperar como islotes colectivistas porque son erosionadas por la competencia. La ilusión de gestar una economía paralela al capitalismo se basa en ciertos casos en un diagnóstico estancacionista y en otras vertientes alienta un programa de autoproducción que conduciría al afianzamiento del subdesarrollo.

Los autonomistas eluden un balance de sus antecesores anarquistas. Desconocen la centralidad del estado porque imaginan que el poder se encuentra disperso. Al postular que el capital depende del trabajo no captan la preeminencia de la ofensiva neoliberal y a veces recurren al uso excluyente de categorías abstractas que obstaculizan la comprensión de las funciones del estado.

El análisis del capitalismo contemporáneo exige apelar a los criterios objetivos de investigación que el radicalismo subjetivo rechaza. Celebrar la negatividad, cuestionar las definiciones y formular preguntas sin respuestas obstruye esta indagación. La crítica a la dominación es compatible con la formulación de alternativas y reconocer ciertas certezas es indispensable para avanzar en un proyecto socialista.

Los problemas del autonomismo

Desde mediados de los 90 la prédica autonomista tiene buena recepción en América Latina. Sus teóricos son atentamente escuchados y sus propuestas prácticas despiertan gran interés. Pero este escenario ha comenzado a cambiar con la aparición de nuevos gobiernos nacionalistas y de centroizquierda. El ascenso de Lula, Kirchner y Tabaré, el afianzamiento de Chávez, el resurgimiento de Fidel y la gravitación de López Obrador modifican el cuadro que favoreció la expansión de las tesis libertarias.

Los autonomistas rehuyen el alineamiento político y el encuadramiento ideológico. Comparten sensibilidades, actitudes y proyectos, pero no sostienen una doctrina común. Difunden una crítica moral al capitalismo desde perspectivas anti-autoritarias y rechazan toda forma de liderazgo y estatismo. Manejan un lenguaje libertario y defienden la autoorganización, resaltando los valores solidarios y comunitarios. Cuestionan la participación en

ámbitos institucionales y alientan la autogestión en el terreno económico.

Pero los autonomistas conforman un conglomerado muy heterogéneo y carecen de voceros reconocidos como exponentes comunes de esta visión. Para encarar el debate hay que seleccionar algunos autores que expresan las tesis más relevantes de esa corriente. Zibechi [1] sintetiza gran parte de estos planteos en el plano político, porque identifica el proyecto autonomista con la práctica de varios movimientos sociales de la región. Postula esta asociación en su análisis del zapatismo mexicano, el MST brasileño, el indigenismo ecuatoriano, los cocaleros bolivianos y los piqueteros argentinos

En el plano teórico, Negri [2] y Holloway [3] son dos pensadores que han ganado renombre como referentes del autonomismo. La caracterización del estadio imperial del capitalismo que plantea el primer autor y la propuesta de cambiar el mundo sin tomar el poder que desarrolla el segundo sirven de fundamento para la acción de muchas vertientes libertarias. Pero numerosas discusiones sobre las tesis de ambos autores han girado exclusivamente en torno a concepciones generales sin tomar en cuenta la aplicación política de esos enfoques. Cómo este análisis desemboca en debates muy abstractos conviene invertir la secuencia y revisar las caracterizaciones autonomistas de ciertas sublevaciones y movimientos de lucha recientes en Latinoamérica.

El laboratorio argentino.

La sublevación popular de 2001 en Argentina fue una experiencia particularmente relevante para los autonomistas porque interpretaron que su proyecto comenzaba a plasmarse en los organismos surgidos durante esa rebelión. Presentaron a las asambleas barriales y a los piquetes como ejemplos de la nueva autoorganización emancipatoria y extendieron esta valoración a los clubes de truke, las fábricas recuperadas y los colectivos contraculturales [4].

Pero la irrupción de estos ensayos de construcción popular no impidió que el viejo sistema político se reconstituyera en tiempo récord. La recomposición burguesa debilitó a las asambleas y a los piquetes y atenuó la expectativa en un desenvolvimiento imparable de la acción popular. Las clases dominantes desactivaron la demanda democrática inmediata ("Qué se vayan todos") a través de un encauce institucional que la revuelta no logró contrarrestar.

Los autonomistas no registran que los opresores aprovecharon las limitaciones de una sublevación aguerrida, pero carente de organización, liderazgo y conciencia popular. Más bien celebran estas dificultades como un signo de frescura del levantamiento ("una fiesta sin programa, ni objetivos").

Las asambleas surgieron cuándo el agrietamiento de las instituciones transformó la propaganda neoliberal contra los políticos y la representación, en una radicalizada movilización contra todo el régimen. Canalizaron la participación popular en los momentos de mayor sublevación, pero decayeron cuándo la clase dominante recuperó las riendas del sistema. Muchos autonomistas omiten este balance, olvidando que los oprimidos no pueden construir una alternativa emancipatoria si no desarrollan un proyecto político propio. No le asignan relevancia a este obstáculo, porque consideran que los movimientos sociales tienden a construir una nueva sociedad bajo el impulso espontáneo de la rebelión [5].

Esta visión se extiende a la caracterización de los piqueteros como gestores de formas paralelas de organización social. Muchos autonomistas los observan como constructores de circuitos políticos y económicos alternativos y por eso interpretan que los piqueteros "no quieren ser obreros, ni ciudadanos" [6].

Pero la experiencia de los últimos años no corrobora esta caracterización. Los piqueteros siempre buscaron confluir con el resto de los oprimidos y generalizaron las marchas a los centros de las ciudad para evitar su reclusión en localidades aisladas.

Es falso suponer que los piqueteros no quieren volver al trabajo formal o que han construido su identidad en oposición a lo operarios. Esta creencia choca con el sentido de las demandas y las acciones de los desempleados. Siempre reclamaron subsidios de supervivencia y reinserción laboral. En sus movilizaciones demandan trabajo genuino y salarios dignos.

Durante la rebelión popular florecieron muchas variedades de la organización económica propuesta por el autonomismo. De estas opciones, los clubes de trueque fueron particularmente efímeros porque retrotraían el comercio a formas primitivas. El trueque solo perduró bajo el impacto coyuntural de la devaluación y a la emisión de monedas provinciales y se diluyó con la reconstitución de la circulación de las mercancías.

El fervor que despertaron otros emprendimientos también tiende a disminuir bajo el efecto de la reactivación económica. La presión competitiva del entorno capitalista afecta especialmente a los talleres autogestionados. Algunos autonomistas perdieron de vista el carácter defensivo de estos organismos, que emergieron con fines de supervivencia en el cenit de la crisis. Como el principal objetivo de estas iniciativas era conservar alguna fuente de ingresos en medio de la catástrofe comenzaron a decaer al concluir la depresión.

Pero muchas panaderías, comedores y huertas persisten porque fueron creaciones de la lucha popular. Se gestaron sin apoyo oficial y con el sostén exclusivo de la comunidad. Ya forman parte de la tradición de resistencia porque demostraron que los desocupados no son holgazanes y seguramente podrían apuntalar el desarrollo de un programa popular de recuperación económica. Pero no generan empleo en gran escala, ni proveen ingresos al grueso de la población y esta limitación es ignorada por muchos autonomistas.

Las empresas recuperadas constituyen otro logro mayor de la rebelión. Libraron una dura batalla contra los jueces, gobiernos y ex propietarios que intentaron desalojarlas o asfixiarlas económicamente. Sobrevivieron a la represión, a los atropellos judiciales y al ahogo financiero, ilustrando como se pueden gestionar las empresas sin la presencia de los patrones.

Pero ciertos autonomistas olvidan que estas compañías operan en un reducido segmento del universo laboral y no deben ser idealizadas. Omiten las dificultades creadas por la presión del gobierno para convertirlas en pequeñas firmas capitalistas. Las empresas recuperadas pueden desarrollarse y apuntalar un proyecto emancipatorio. Pero es equivocado concebirlas como islotes libertarios dentro del universo capitalista.

El imaginario regional.

Los autonomistas extienden su visión romántica de la rebelión de Argentina al conjunto de los movimientos sociales de Latinoamérica. Con esta proyección frecuentemente ignoran las dificultades de esas organizaciones para trasladar sus reivindicaciones al plano político.

Los autonomistas eluden discutir porque los representantes de las clases dominantes se apropian del esfuerzo de muchos movimientos populares. No asignan importancia a los escollos que afrontan los indigenistas de Ecuador, los asentados de Brasil o los cocaleros de Bolivia frente a las traiciones, giros neoliberales y agresiones derechistas de los gobiernos surgidos de sus revueltas. Difunden una imagen idílica de los movimientos sociales, suponiendo que estos agrupamientos avanzan saltando todos los obstáculos.

Los autonomistas confían en la suficiencia de la lucha social y descalifican la necesidad de un proyecto político socialista de los oprimidos. Consideran que la experiencia acumulada en la acción popular conduce a la maduración espontánea de los sentimientos anticapitalistas de la población [7].

Pero si fuera tan sencillo el MST de Brasil no se vería obligado a lidiar con la decepción creada por Lula y los piqueteros no se habrían fracturado frente a las maniobras de cooptación que instrumenta Kirchner. Tampoco el zapatismo se vería obligado a intervenir en la crisis desatada por el intento de proscripción de Lopez Obrador.

La imagen autonomista del zapatismo como un emergente espontáneo de la lucha indigenista no toma en cuenta la intensa preparación de una fuerza, que tardó diez años en salir a la superficie con acciones guerrilleras que exigían entrenamiento y trabajo político previo. Los zapatistas han reclamado el reconocimiento legal de los derechos de los pueblos indígenas, enfrentando el cerco represivo y desenmascarando las trampas del gobierno.

En ningún caso la experiencia o la identidad forjada en la lucha han bastado para resolver dilemas políticos de Latinoamérica. Las repuestas no surgen de la dinámica auto-generada por cada movimiento. Para hacer frente al aceitado dispositivo de dominación que manejan los opresores, las organizaciones populares necesitan apuntalar la conciencia antiliberal, antiimperialista y anticapitalista de los oprimidos. Los capitalistas acumulan siglos de experiencia en engaños y represión y ese adiestramiento no puede simplemente contrarrestado con la acción espontánea desde abajo.

Identidades, naciones y conciencia

Al presentar a las Madres de Plaza de Mayo, los piqueteros, los asentados, los indigenistas y los zapatistas como expresiones de un mismo proyecto, algunos autonomistas recurren a una homogenización forzada [8]. Olvidan que el contexto, las tradiciones y las demandas en juego diferencian la acción de estos agrupamientos.

La presentación de los piqueteros como "zapatistas urbanos" es por ejemplo equivocada, ya que reclamar trabajo genuino no es lo mismo que bregar por el reconocimiento de los derechos indígenas. Ambas reivindicaciones se distinguen a su vez de la exigencia de justicia contra la impunidad o del pedido de tierras para el cultivo cooperativo. En un sentido general todas las demandas populares presentan aspectos semejantes y aristas convergentes, pero al mismo tiempo expresan la historia específica de cada país y responden a condiciones políticas muy diferenciadas.

El autonomismo reivindica correctamente el uso de la acción directa como un rasgo de los nuevos agrupamientos de lucha. Pero no observa que complementan la utilización de este recurso con legítimas negociaciones y maniobras. Estos movimientos valoran el sentido de comunidad y apuntalan los principios de solidaridad, pero esta conducta se encuentra incorporada a todas las acciones colectivas de las clases oprimidas. Lo novedoso solamente radica en como se renueva esa tradición.

Todos los integrantes de los movimientos sociales detentan la misma condición de explotados u oprimidos por el capitalismo. Pero no comparten una identidad común. Esta pertenencia -que deriva de la forma en que se conciben a sí mismos- es un producto singular de cada lucha y emerge de la resistencia contra determinados atropellos (pérdida del empleo, carencia de tierra, humillación étnica). En estas movilizaciones se generan articulaciones sociales también peculiares (desocupado, asentado, indio, víctima de la represión) que el autonomismo amalgama bajo un denominador común.

Cada movimiento social presenta una vinculación con tradiciones nacionales que el autonomismo tiende también a soslayar. No logran reconocer estas peculiaridades porque frecuentemente estiman que "la lucha anticapitalista no se puede abordar en términos nacionales" [9]. Algunos incluso consideran que "el capitalismo aprendió a superar las fronteras nacionales" o que es "estúpido" concebir la resistencia con los moldes de la "izquierda localista" [10]. Este enfoque conduce a al transnacionalismo abstracto. Algunos teóricos incluso suponen que la expansión global del capital ha instaurado enlaces mundiales entre los oprimidos y que las reivindicaciones nacionales de la periferia son obsoletas [11].

Esta visión choca con el sesgo antiimperialista que caracteriza a las demandas de todos los movimientos de lucha en América Latina. Este cariz es particularmente visible en una región que padece los dramáticos efectos de la dependencia comercial, las transferencias financieras hacia el exterior, el subdesarrollo industrial y la depredación de los recursos naturales.

Al desconectar la resistencia popular de sus raíces nacionales se tiende a ver "luchas horizontales" y uniformes dónde predomina la heterogeneidad. Si las turbulencias sociales de los últimos años han sido tan desiguales y discontinuas es porque se ajustan a la historia singular de cada pueblo y reflejan la intensidad regional diferente de cada crisis capitalista.

Esta diversidad realza la relevancia de las cuestiones políticas que muchos autonomistas diluyen en la lucha social [12]. Olvidan que los proyectos de emancipación no brotan espontáneamente, sino que requieren programas específicos, enlaces entre reivindicaciones mínimas y máximas y estrategias de poder frente a las grandes crisis.

Esta necesidad volvió a verificarse en las rebeliones que condujeron a la caída de los presidentes neoliberales en Argentina, Ecuador, Bolivia o Perú, sin generar un reemplazo popular. La construcción de esa alternativa exige conciencia política y maduración ideológica de las clases dominadas, porque los valores de solidaridad que emergen en la acción reivindicativa no alcanzan para derrotar a los opresores. Estos sentimientos de cooperación quedan sujetos al vaivén de la lucha y coexisten con presiones opuestas hacia la adaptación conformista.

Por eso los avances en la organización popular surgidos de la movilización social no perduran espontáneamente durante los reflujos. En esos períodos coexisten las secuelas de la resistencia con su neutralización. Si los trabajadores no desarrollan una política socialista ambos procesos perduran sin amenazar la supervivencia del capitalismo.

Eventos, fetichismo, historia.

Algunas corrientes autonomistas proponen introducir una nueva "antipolítica de eventos" en las formas de intervención de los oprimidos. Apuestan a que el propio curso de los hechos alumbre un rumbo de emancipación [13]. Pero esta propuesta convoca a la improvisación para enfrentar a un adversario que cotidianamente perfecciona sus mecanismos de su dominación.

Este culto al espontaneismo contradice los propios llamados autonomistas a la participación. Por un lado auspician mayor involucramiento y reflexión popular, pero por otra parte estiman que la propia acción es suficiente para gestar resultados favorables para los dominados.

El autonomismo desconoce que los trabajadores necesitan tácticas y programas para desenvolver un camino anticapitalista. Estos recursos son imprescindibles para caracterizar situaciones, clarificar relaciones de fuerza, detectar eslabones débiles, evaluar crisis y actuar en coyunturas revolucionarias. Esta política socialista es también un instrumento para contrarrestar el repliegue individualista que promueve el neoliberalismo.

Acciones de este tipo permitirían desenvolver una praxis emancipatoria frente a la alienación que recrea el capitalismo. Holloway [14] subraya acertadamente que el fetichismo generado por este sistema no solo encubre la explotación, sino que también desata reacciones liberadoras de los oprimidos. Pero reduce estas resistencias a conductas antimerchantes espontáneas ("el niño que se olvida de pagar ") o a expresiones básicas de la rebelión ("el trabajador que resiste"). Omite que a partir de estos comportamientos resulta posible experimentar solo formas efímeras de liberación. Para desembarazarse de la tiranía capitalista, los explotados necesitan ir más allá de la "antifetichización constante" que subraya Holloway y deben incorporar una práctica política socialista.

Muchos autonomistas ponderan más los ensayos de vida comunitaria que la actividad política sistemática. Valoran las vivencias del presente y prestan poca atención a las lecciones de cada lucha. Por eso desestiman la historia y hasta postulan la inutilidad de la memoria popular.

Holloway [15] teoriza esta hostilidad al identificar la historia con "discusiones interminables y aburridas" o con una "coartada para no pensar". Incluso convoca a "escupir la historia para pensar el presente" y propone "no hacer monumentos". Llama a "destrozar los monstruos que hemos creado", argumentando que la "revolución nos toca a nosotros y no a los muertos o a quiénes no han nacido". ¿Pero "escupir la historia" no es contradictorio con reivindicar el emblema zapatista, que sintetiza un siglo de luchas campesinas ?

Holloway observa el pasado como una abyección sin notar que esa fobia conduce a sepultar todas las tradiciones de los oprimidos. Si las clases populares pierden las huellas de su resistencia quedan sin historia y son atrapadas por el universo ideológico de los dominadores. Los explotados necesitan recordar sus victorias y derrotas porque el presentismo absoluto conduce a eternizar al capitalismo. Si "escupen su historia" destruyen la herencia que los habilita para afrontar los desafíos actuales.

Excluidos e incluidos

La tajante separación entre incluidos y excluidos es otro ejemplo de una descalificación de tradiciones de lucha, en este caso compartidas por ambos sectores. Muchos autonomistas identifican al primer conglomerado con posturas conservadoras y al segundo con actitudes liberadoras. En la Argentina este contraste apareció por ejemplo en la descripción de los piqueteros como "indios de la sociedad industrial", que se rebelan frente a la pasividad de los trabajadores ocupados.

Esta visión observa fracturas dónde hay continuidades porque el método del piquete (cortar la ruta, barricadas) proviene de las huelgas y fue aplicado por dirigentes de los desocupados con gran experiencia sindical. Ese adiestramiento explica porqué surgió un movimiento tan pujante de desempleados organizados y porque los sindicatos retoman el piquete en su actual lucha salarial. Los desempleados, precarizados y obreros industriales comparten una historia de movilización, que no desapareció con la pérdida del empleo o la informalización.

Muchos autonomistas tienden a reivindicar a los excluidos de Latinoamérica como sujeto social diferenciado de la clase trabajadora. Algunos realzan esta distinción porque interpretan que la izquierda despreció a los campesinos y a los desocupados [16]. Otros consideran que "la rebelión desde los márgenes" se desenvuelve con estilos muy diferentes al movimiento obrero clásico [17].

El punto de partida de esta evaluación es subrayar como la desindustrialización modifica la configuración clasista de la región, desplazando los conflictos hacia áreas rurales o urbano-marginales. Los autonomistas también resaltan el despertar de los pueblos indígenas y la irrupción de una nueva generación desplazada del trabajo formal.

Estas caracterizaciones registran adecuadamente los brutales cambios que provocó la apertura importadora, la capitalización del agro, la amputación de numerosas industrias y el retroceso en el mercado mundial. Pero del reconocimiento de estas transformaciones no se deduce la vigencia de un cambio radical de protagonistas en la batalla social. Los autonomistas no observan que el mapa de la resistencia en Latinoamérica es muy diverso y diferenciado. La gravitación rural en las regiones andinas coexiste con la preeminencia de los asalariados urbanos en el Cono Sur y con la presencia relevante de los empleados públicos en todos los países.

Lo más significativo de este proceso es la mixtura de tradiciones entre sujetos sociales que comparten sus métodos de lucha. Al resaltar el papel de los excluidos en desmedro de los trabajadores formales se diluye esta multiplicidad

y convergencia.

Muchos autonomistas utilizan el término de excluido para describir la situación de los desocupados y asalariados informales. Pero también recurren a esta denominación para clasificar a los precarizados fuera de la clase trabajadora. Esta visión implícitamente reduce el proletariado a los obreros industriales. Olvida que los informales forman parte de una clase social explotada a la que pertenecen todos los asalariados que viven de su trabajo. Al visualizar a los excluidos como sujetos sociales diferenciados se tiende a minimizar sus afinidades con el conjunto de la población laboriosa.

Esa separación diluye además la gravitación que tienen los trabajadores ocupados en los sectores más estratégicos de la economía. Las acciones de este segmento golpean más frontalmente los cimientos de la dominación, porque afectan directamente las ganancias vitales de los capitalistas. En cambio otras resistencias populares que tienen menor impacto sobre esos resortes pueden ser neutralizadas con mayor facilidad. Por eso las huelgas en el transporte, los bancos o en ciertas fábricas tienen efectos superiores a las protestas de los desempleados o los trabajadores informales. Esta distinción difiere en cada época y país, pero constituye un rasgo clave del capitalismo. Por eso la derrota de las clases dominantes exige una participación decisiva de la clase trabajadora ocupada.

Los autonomistas magnifican el papel de los excluidos en desmedro de los asalariados tradicionales, porque atribuyen mayor peso a las relaciones de dominación que a las formas de explotación. Pierden de vista que el centro neurálgico de la reproducción capitalista se ubica en la extracción de plusvalía. Por esta razón tienden a retomar ciertas nociones del posindustrialismo e interpretan el repliegue del movimiento obrero tradicional como un síntoma de la declinación estructural del trabajo. Olvidan que cualquiera sea la deslocalización o los cambios en el proceso laboral, sin asalariados explotados el capitalismo dejaría de existir y en ese escenario perderían sentido todos los debates que ha planteado el autonomismo.

Democracia, horizontalidad, elecciones

La defensa de la lucha social en desmedro de la acción política induce a muchos autonomistas a promover la expansión de un "antipoder" exterior al marco institucional burgués. Pregonan construir esa alternativa por medio de la democracia directa, con métodos horizontales y evitando todo tipo de jerarquías [18]. Pero no presentan evidencias de la instrumentación de estas propuestas, ni toman en cuenta los obstáculos que enfrentan esos mecanismos.

Estas dificultades han sido por ejemplo reconocidas por muchos militantes autonomistas que participaron en las asambleas barriales de Argentina. Allí se verificó que la ausencia de normas deliberativas, la falta de criterios para adoptar decisiones por mayoría son tan nocivas como la prescindencia de la delegación [19].

Es indudable que la autoorganización cumple un rol decisivo en cualquier irrupción popular, pero la experiencia indica que esa intervención decae en los períodos de reflujo. Por eso resulta necesaria la organización popular estable, continua y apuntalada por formas de representación indirecta. Solo a pequeña escala local pueden soslayarse esas mediaciones.

El funcionamiento de la economía contemporánea y la complejidad de las disyuntivas políticas que afronta la sociedad actual exigen recurrir a la delegación y al uso de instrumentos legislativos. Las distintas formas de la democracia directa que propone el autonomismo solo podrían contribuir de manera complementaria a la organización de la sociedad en un proceso de construcción socialista [20].

El autonomismo contraponen la ampliación de las formas comunales a las instituciones del régimen burgués. Por eso

habitualmente se opone a participar en las elecciones, concurre a desgano a ciertos comicios y solo interviene explícitamente cuándo percibe una grave amenaza derechista [21]. Pero en estos casos no sostiene a los candidatos del movimiento social, sino a los exponentes del "mal menor" del mismo régimen opresor. Este antielectoralismo desconoce el rol que juegan los comicios en el adiestramiento para la creación futura de una verdadera democracia en un gobierno de los trabajadores.

Holloway [22] tiene razón al denunciar que bajo el capitalismo la igualdad ciudadana formal encubre la desigualdad social real. Pero constatar esta contradicción constituye apenas un punto de partida. La dominación que ejercen los banqueros y empresarios no desaparece, ni se debilita ignorando el impacto que tienen las elecciones sobre la mayoría popular. En casi todos los países de Europa y América la población se encuentra capturada por los mecanismos de la dominación burguesa. Por eso en lugar de ignorar este efecto conviene buscar caminos para emancipar a los oprimidos de esa influencia.

Con su abstención los autonomistas permiten a las clases dominantes maniobrar sin contrincantes. Esta deserción es particularmente contraproducente en Latinoamérica, porque aquí los opresores se han desembarazado de las dictaduras ineptas y utilizan las elecciones para encubrir la desigualdad social, descomprimir las rebeliones y reemplazar a los presidentes.

El impacto creado por los nuevos gobiernos nacionalistas y de centroizquierda ilustra como el abandono de la arena electoral tiene significativas consecuencias dentro de las propias filas autonomistas. El efecto de estas administraciones se verifica incluso en las figuras más emblemáticas del autonomismo. Mientras que Holloway cuestiona a los nuevos mandatarios, Negri elogia al presidente argentino y Hardt al brasileño [23]. También en la Argentina los autonomistas se han dividido : algunos observan a Kirchner como exponente de la rebelión del 2001 y otros como su enterrador.

Hermandad o militancia

Ciertos autores autonomistas contraponen la organización blanda y flexible de los movimientos sociales con la estructura verticalista que observan en la izquierda radical. Establecen un contrapunto entre el rol integrador de las comunidades cristianas de base y la despreocupación de la izquierda militante por los vínculos personales. Rescatan el papel de los afectos y atribuyen mayor relevancia a la hermandad entre los individuos que la solidaridad de clase entre los oprimidos [24].

Pero este contraste describe una oposición entre dos estereotipos : el militante autoritario versus el activista sensible. Ubica al dogmatismo en la izquierda y a la solidaridad en los movimientos sociales, situando las convicciones ideológicas en el primer campo y los impulsos éticos en el segundo. Este esquema de tipos ideales no se verifican en ningún lado. Ni los militantes de izquierda son tan calculadores, ni los autogestionarios son tan amigables. Reflexiones racionales y motivaciones éticas se combinan siempre en los dos grupos porque participan en la resistencia de los oprimidos.

Recuperar la dimensión afectiva de la lucha social constituye una preocupación central de todos los autores autonomistas [25]. Abogan por retomar la preeminencia de la mirada introspectiva, pero centrando la expectativa de esta transformación en el desarrollo de pequeñas comunidades independizadas del entorno capitalista. Los autonomistas convocan acertadamente a cambiar la subjetividad de los individuos sin resignarse a esperar la maduración del "hombre nuevo socialista". Pero no toman en cuenta las dificultades para consumir esa mutación en colectividades insertas dentro del capitalismo.

Algunos autonomistas son particularmente críticos con la izquierda radical porque le atribuyen la pretensión de

imponer forzosamente sus ideas a los movimientos sociales. Objetan el autoritarismo que observan en muchas organizaciones. Pero también suponen que sus propias ideas convergen naturalmente con la idiosincracia popular. Olvidan que no existen concepciones instintivamente amoldadas a los habitantes de cada comunidad. Lo que habitualmente emerge como el "sentido común" es solo una ideología de la clase dominante, tan hostil al socialismo como al proyecto libertario.

Otros objetores de la izquierda radical cuestionan la concepción leninista de construir sólidas organizaciones políticas orientadas a promover la conciencia socialista. Consideran que esta estrategia desprecia la capacidad autoempañcatoria de los trabajadores y también conduce al totalitarismo stalinista [26].

Esta apreciación distorsiona la tesis de Lenin que proponía construir organizaciones estables para facilitar el salto de la lucha social hacia la acción política de los trabajadores. El líder bolchevique también enfatizaba el rol de este agrupamiento para confrontar con poderosos enemigos. En las condiciones de lucha clandestina contra el zarismo promovía la organización rigurosa, pero nunca auspició un modelo universal de acción revolucionaria. Siempre alentó la adaptación de las formas de organización a la realidad política cambiante (profesionalidad en ciertos períodos y flexibilidad en otros).

Presentar a Lenin como un precursor de masacres es una caricatura liberal. Si se interpreta que cualquier disciplina desemboca en el terror habría que objetar toda forma de estructuración colectiva, incluyendo las que adoptan los movimientos sociales que aprueban los autonomistas.

Reconocer esta importancia de la organización no implica ignorar que la autoproclamación y el culto al partido son deformaciones aún vigentes de muchos agrupamientos de izquierda. Este vanguardismo sustituye con recetas preconcebidas el proceso de construcción de una alternativa socialista. Pero el paternalismo no es un defecto exclusivo de la izquierda, sino un rasgo habitual en formaciones políticas de distinta extracción. La peculiaridad de los militantes socialistas es su compromiso con la lucha por construir una sociedad sin explotadores, ni explotados. La hostilidad hacia la izquierda radical de los autonomistas que comparten este objetivo emancipatorio carece de justificación [27].

Como no tomar el poder.

"Cambiar el mundo sin tomar el poder" es el proyecto estratégico de muchos autonomistas. ¿Pero cómo se elude al estado ? ¿Cómo se evita al referente de cualquier demanda popular ? El estado puede ser combatido o reformado, pero nunca ignorado. Todos los reclamos de los movimientos sociales están dirigidos a esa institución. Los zapatistas demandan al Congreso una legislación para los pueblos indígenas, los piqueteros exigen al Ministerio de Trabajo subsidios de desempleo y el MST plantea al Parlamento la expropiación de tierras para legalizar los asentamientos. En los países desarrollados los inmigrantes "sin papeles" reclaman derechos de ciudadanía (Francia) y los ocupantes de viviendas piden una legislación social (Gran Bretaña). Estas últimas demandas son particularmente "estatalistas".

Algunos movimientos logran imponer sus peticiones y otros sólo consiguen conmover a la sociedad. Pero el resultado de las exigencias en juego se mide por las respuestas obtenidas del estado. ¿Habría que modificar el destinatario de estas exigencias ? ¿Correspondería dirigir las reivindicaciones a otras instituciones ? El autonomismo no brinda respuestas y algunos autores explícitamente declaran su desconocimiento de caminos alternativos [28].

Pero esta ignorancia no es un problema menor. En las batallas por el poder se juega el destino de millones de individuos. Son confrontaciones dramáticas que implican grandes sacrificios. Los aciertos se premian con grandes

conquistas y los fracasos se pagan con sangre, dolor y frustración. Por eso convendría invertir el interrogante autonomista y preguntarse por las consecuencias de no tomar el poder. Si el capitalismo es responsable de tantas catástrofes bélicas, padecimientos sociales y sufrimientos cotidianos es porque muchos movimientos revolucionarios renunciaron al poder. Aceptaron la continuidad del sistema burgués o delegaron el gobierno en políticos que reconstruyeron ese régimen.

Holloway [29] alerta contra cualquier forma de poder porque interpreta que su ejercicio reproduce la opresión. Pero no toma en cuenta que eludir el manejo del estado conduce a preservar el status quo y a consolidar las penurias de los desposeídos. Si se quiere cambiar el mundo no basta con rechazar al estado. Hay que buscar estrategias para extinguirlo progresivamente al cabo de un proceso de transición socialista y esta transformación necesariamente debería comenzar por el establecimiento de un nuevo estado administrado por la mayoría popular.

La propuesta de cambiar el mundo sin tomar el poder descalifica un camino sin indicar otro. Por eso transmite una amarga sensación de impotencia. Reivindica la insubordinación y la rebeldía, pero nunca sugiere cómo triunfar en la dura batalla contra la opresión.

[30]

Prescindir del estado para transformar la sociedad es un proyecto particularmente irrealizable en Latinoamérica. Sin la mediación estatal no habría forma de suspender los pagos de la deuda externa, aumentar los gastos sociales, redistribuir los ingresos, introducir impuestos progresivos, modificar los convenios arancelarios o recuperar la propiedad pública de las empresas estratégicas.

Los autonomistas eluden esta conclusión y también soslayan el rol central que cumple el estado en la organización de la dominación capitalista y en la desorganización de la resistencia popular. Las clases opresoras son plenamente conscientes de la centralidad del estado y no conciben resignar su control de ese aparato, porque saben que sus privilegios dependen de ese manejo. Jamás lo entregarán a quienes postulan olvidarse de esa institución. Incluso los neoliberales coinciden con este acérrimo estatismo. Nunca desguazaron a esa institución, sino que modificaron sus funciones para multiplicar los subsidios a los empresarios en desmedro de los gastos sociales.

Holloway [31] descalifica cualquier estrategia de transformación social que incluya al estado y por eso considera equivalentes los más variados programas de cambio, reforma, reemplazo o destrucción de esa institución. No observa ninguna diferencia entre la estrategia postulada por los reformistas (Bernstein) y el proyecto planteado por los revolucionarios (Luxemburgo). ¿Pero es lo mismo convalidar que desafiar al sistema burgués? ¿Es equivalente perpetuar a ese régimen que promover su erradicación?

Durante un siglo la socialdemocracia ha reforzado el estado capitalista, mientras que los revolucionarios lucharon contra ese organismo (Luxemburgo, Gramsci) y lograron sustituirlo (Lenin) aunque sin poder avanzar en su disolución (Trotsky). Si estas diferencias son irrelevantes: ¿Cuáles son las discrepancias significativas en la acción política?

Los dos bandos que Holloway considera idénticamente estatistas jamás coincidieron en el rumbo elegido para obtener las reformas que inaugurarían un sendero de mayores conquistas. Mientras que los reformistas postulan la negociación institucional, los revolucionarios apuestan a la movilización popular. Las consecuencias de estas divergencias son abismales.

Los revolucionarios impulsan las demandas populares con métodos anticapitalistas para enlazar las reivindicaciones sociales básicas con un proyecto socialista, que podría comenzar a aplicarse bajo el impacto de grandes crisis. Esta

alternativa, que no figura en ningún proyecto reformista (y tampoco en el horizonte autonomista), es la brújula de cualquier intento serio de cambiar la sociedad.

Contrapoderes en la sociedad civil

Los autonomistas rechazan tomar el poder, pero no objetan acechar paulatinamente al estado a través de ciertos organismos de autoorganización popular que definen de forma muy vaga. Proponen forjar "contrapoderes territoriales" para comenzar a erigir una nueva sociedad, a fin de estimular un "antipoder" opuesto a las estructuras estatales [32].

Pero cualquiera sea la modalidad concreta que adopten esas organizaciones siempre actuarían dentro del sistema capitalista y se verían obligadas a negociar con los funcionarios que tanto cuestionan. Y en ese momento trastabillaría la expectativa de eludir al estado.

Lo que nunca aclaran los autonomistas es cómo convalidarían las conquistas que se materializan en leyes, decretos o disposiciones oficiales. Todos los militantes involucrados en la lucha conocen por experiencia la inconveniencia de despreciar estos logros que la clase dominante otorga concesiones bajo la presión popular.

El autonomismo radical cuestiona con acertada severidad la adaptación de la centroizquierda al status quo. Objeta los compromisos de Lula, Kirchner o Tabaré con el establishment. Pero no registra que su propuesta de gestar contrapoderes enfrentaría los mismos problemas. Tarde o temprano, la autogestión y los bolsones de resistencia territorial deberían definir si preservan o derrocan al capitalismo. La centroizquierda no considera esa posibilidad y el autonomismo evita abordarla. Si se mantiene fiel a su principio de no tomar el poder, dejará al estado en manos de los opresores y su proyecto encontrará un techo infranqueable.

Esta disyuntiva es muy conocida por todos los movimientos revolucionarios que alguna vez desafiaron seriamente a la clase dominante. Su dilema nunca fue conquistar o no el estado sino encontrar la vía para concretar ese objetivo. Muchas veces el debate sobre las ventajas y desventajas de tomar el poder disimula la persistencia de esa dificultad.

Al declarar la inexistencia del problema muchos autonomistas tienden a reproducir la práctica reformista con lenguaje contestatario. Por renunciar a un proyecto de poder terminan cooptados por las instituciones del régimen.

Los socialdemócratas proponen modificar paulatinamente el capitalismo sin remover los pilares económicos (propiedad) y políticos (estado) de ese régimen social. Los autonomistas auspician desenvolver este mismo cambio fuera de esas instituciones. Pero en ambos casos se concibe -dentro o fuera del estado- un largo proceso de mutación del capitalismo.

Cambiar el mundo sin tomar el poder presupone que el rodeo de las instituciones estatales permitirá construir de a poco una sociedad alternativa. ¿Pero cómo se evitaría en ese tránsito la contaminación con el medio ambiente capitalista? ¿Cómo se neutralizarían los efectos corrosivos del dinero, la competencia y el individualismo?

El proyecto autonomista tiene puntos de contacto con el programa liberal de apuntalar la sociedad civil frente al estado. Pero su planteo va más allá de una segmentación entre ambas esferas porque incluye la posibilidad de construir universos separados. Lo que no se explica es de qué manera podría desenvolverse dentro del capitalismo una sociedad civil sin policías, jueces, recaudadores o legisladores. Al prescindir de una propuesta de transición socialista el modelo autonomista carece de viabilidad.

La economía paralela

¿Cómo se avanzaría en el plano económico hacia la construcción de la nueva sociedad sin tomar el poder ? Quiénes no rehuyen esta indagación refugiándose en consideraciones filosóficas sugieren tres posibilidades : consejos autogestionados, cooperativas y autoproducción.

El primer camino plantea sustituir simultáneamente al capitalismo y al mercado. Pero los defensores de este proyecto no indican la forma de concretar este salto hacia las comunidades libertarias. Es evidente que un cambio histórico de ese alcance exigiría eslabones intermedios.

Especialmente la extinción del mercado requeriría un curso previo de progresiva socialización, porque eliminar la propiedad privada de los medios de producción y los mecanismos de contratación-despido de la fuerza de trabajo, no implica sepultar abruptamente toda forma de compra-venta. A diferencia del capitalismo (y al igual que el estado) el mercado no puede abolirse. Solo cabe crear las condiciones para su paulatina desaparición.

La segunda propuesta autonomista es la expansión de las cooperativas [33]. Pero el desarrollo de estas entidades enfrenta el serio obstáculo de la competencia con las grandes empresas. Esta concurrencia empuja a las cooperativas a aceptar los criterios financieros de los acreedores, las normas laborales de los gobiernos y las formas gerenciales del neoliberalismo. ¿Cómo evitar ese sometimiento a las reglas de la explotación y el beneficio ? Los teóricos autonomistas no ofrecen respuestas, porque desconocen que las cooperativas sólo podrían florecer en un cuadro de protección de la rivalidad devastadora que imponen las grandes empresas. Y ese escenario solo podría gestarse en una sociedad poscapitalista.

El proyecto de expandir islotes económicos colectivistas dentro del universo capitalista nunca prosperó. Desde los falansterios hasta los kibutzim y las comunidades rurales contestatarias, todos los experimentos de economía solidaria han aportado ideas sobre la organización futura de la sociedad, pero no soluciones al desempleo, la explotación y la miseria.

La tercera alternativa autonomista es gestar modelos de autoproducción y autoabastecimiento local. Se plantea superar la escisión entre productores y consumidores recurriendo a formas de gestión "antieconómicas" que reduzcan el ritmo del desarrollo, adaptando ciertos patrones de funcionamiento precapitalistas [34].

Esta visión idealiza el atraso y disocia el subdesarrollo industrial de la miseria. Por eso postula el trueque en lugar de la expansión fabril, la pequeña producción en reemplazo de la obra pública y el autoconsumo en sustitución del poder adquisitivo creciente. Esta opción autonomista afianzaría el subconsumo de la población rural y la regresión de los trabajadores urbanos a formas perimidas de economía natural.

El programa de autoproducción olvida que el desequilibrio ecológico y la alienación del consumo son consecuencias del capitalismo y no del crecimiento excesivo. Estos flagelos podrían corregirse racionalizando la producción con mecanismos de planificación democrática. Lo que necesita la sociedad es progreso racional y no una "antieconomía" precapitalista que sumergiría a los pueblos en el sopor medieval. Ya algunas experiencias de "regreso a la naturaleza" (Camboya) provocaron traumas que perdurarán durante décadas en la memoria de sus víctimas.

Diagnóstico estancacionista

La expectativa de gestar comunidades autogobernadas en el curso de una larga coexistencia con el capital se

inspira en ciertos diagnósticos estancacionistas. Algunos autores [35] estiman que el capitalismo no podrá neutralizar la expansión de la autogestión porque atraviesa una mutación semejante a la registrada durante la transición de la Antigüedad al Feudalismo. Este proceso se caracterizó por una prolongada decadencia del mundo clásico y abrió múltiples rumbos de evolución. El proyecto de construir bolsones de contrapoder se apoya en esta analogía e identifica al capitalismo actual con la regresión desindustrializadora ("ya no se volverán a instalar fábricas") y la degradación absoluta del trabajo ("solo acepta el trabajo esclavo de las maquilas").

Pero esta imagen contradice el convulsivo dinamismo que caracteriza al capitalismo. La comparación con la Antigüedad es inadecuada porque la expansión territorial desbordada, el estancamiento agrario, la baja productividad del trabajo y el derroche de una casta dominante no son rasgos predominantes de la economía contemporánea. A diferencia del modo de producción esclavista, el capitalismo soporta crisis cíclicas y desarrollos descontrolados, pero no la paralización absoluta de las fuerzas productivas. Enfrenta complejas contradicciones y no un agónico deterioro. El estancacionismo confunde paralización con polarización productiva y equipara las desigualdades con el freno de la acumulación.

Esta visión difiere del típico catastrofismo porque presupone el languidecimiento y no el simple estallido del capitalismo. En lugar de subrayar el impacto terminal de una crisis financiera terminal o de guerras interimperialistas diagnostica una declinante quietud. Resalta la decadencia sin pronosticar la explosión del modo de producción actual. Por eso sugiere que esta regresión abre espacios para la germinación de la autogestión y las cooperativas.

Pero esta imagen de parálisis comparte con la teoría del derrumbe la caracterización del capitalismo actual como un sistema que diluye el crecimiento y la innovación. No observa que la sobreproducción persiste como forma predominante de la crisis porque junto a la polarización de los ingresos se expanden la productividad y los mercados.

Ni siquiera la "fuga del capital hacia las finanzas" que subrayan varios

autonomistas implica depresión lineal, ya que la lógica de la competencia obliga a recrear formas cambiantes de expropiación y acumulación de plusvalía. Por eso una regresión industrial absoluta es poco concebible bajo el capitalismo.

La tesis del languidecimiento explica las dificultades del autonomismo para intervenir en la vida política, porque cualquier estrategia o táctica debe tomar en cuenta la variabilidad de las coyunturas económicas. Si en lugar de registrar estas alteraciones periódicas del ciclo se percibe la vigencia de un inmutable estancamiento, no hay forma de actuar en el escenario de cada país. Esa visión empuja hacia el mesianismo y aleja a los autonomistas de un proyecto anticapitalista efectivo.

El antecedente anarquista

Muchos autonomistas reconocen su afinidad con el anarquismo, reivindican esa tradición y consideran obsoletas las viejas diferencias con el marxismo [36]. Pero como no trazan un balance de esa corriente tampoco registran los errores de sus precursores.

Los anarquistas no pudieron sostener en forma consecuente durante los siglos XIX y XX su rechazo a cualquier contacto con el estado. Por eso terminaron negociando -especialmente en el terreno sindical- con la principal institución de la clase dominante. Tampoco lograron explicar cómo se podría eliminar abruptamente la opresión estatal y sus experimentos comunitarios no fueron exitosos. Este fracaso fue muy notorio en los ensayos colectivistas de España durante los años 30.

El autonomismo no reflexiona sobre estas dificultades y también retoma el abstencionismo electoral que los anarquistas debieron suspender en los momentos críticos. En esas circunstancias asumieron responsabilidades directas de gobierno (Frente Popular español) y justificaron el desvío del proyecto antiestatalista por la excepcionalidad de la amenaza fascista. Pero omitieron que justamente en las coyunturas anormales se verifica la coherencia de un principio.

El anarquismo objetaba el liderazgo y alentaba la organización horizontal. Sin embargo recurrió a la aceptación pragmática de estructuras sindicales y políticas sólidas (anarco-sindicalistas) y forjó agrupaciones jerarquizadas y secretas (Bakunin). El autonomismo reproduce esta contradicción. Por un lado prescinde formalmente de la delegación, pero por otra parte aprueba la conducción carismática que ejercen los dirigentes de muchos movimientos sociales.

Otro punto de contacto es la reivindicación indiferenciada de la acción de los oprimidos. Ambas corrientes desconocen la gravitación estratégica de los sectores asalariados ocupados en actividades neurálgicas. Entre 1864 y 1937 el anarquismo se identificó con el proletariado, pero nunca reconoció la centralidad de la batalla contra los grandes bancos y empresas.

En el siglo XIX el anarquismo se nutría de artesanos y campesinos y en la primera mitad del siglo pasado se apoyó en la clase obrera. En las últimas décadas logró cierto predicamento entre los estudiantes y los desocupados. A este último sector se dirigen actualmente los autonomistas como Negri que alaban el éxodo, el nomadismo y el mestizaje, apostando al desarrollo de nuevas identidades creadas fuera del mundo del trabajo asalariado.

Los autonomistas comparten la diferenciación interna entre vertientes radicales y conservadoras que signó la evolución teórica de sus precursores. En su madurez estos antecesores terminaron fracturados entre pensadores anarco-capitalistas próximos al liberalismo y social-anarquistas vinculados a la resistencia popular. Ciertos rasgos de esta misma distinción se observa actualmente en el autonomismo que es una corriente de libertarios comprometidos con la lucha social, pero que cuenta también expresiones divorciadas de esta raíz y asociadas a pensadores cercanos al liberalismo antiestatistas [37].

Las principales corrientes actuales del autonomismo recogen la herencia cooperativista del anarquismo. Se encuentran muy distanciados de la tradición insurreccionalista de sus precursores, porque especialmente en Latinoamérica el ocaso del foquismo ha provocado una declinación general de las tendencias putchistas.

Los autonomistas suelen referirse con mucha frecuencia al "fracaso del socialismo estatalista", pero hablan muy poco del balance del anarquismo. Se olvidan que esta corriente no logró participar en un proceso revolucionario clave (nacimiento de la URSS), careció de viabilidad como proyecto (España en 1930-40) y tampoco pudo reconstruir su movimiento (entre 1968 y el ascenso neoliberal).

El autonomismo contemporáneo no retoma a Prohodon o Bakunin. Su indefinición teórica dificulta evaluar cuáles serían los puntos de convergencia actuales con el marxismo. Es muy aventurado caracterizar que las viejas diferencias perdieron sentido. Existen terrenos de coincidencia en la acción y también afinidad de objetivos emancipatorios. Pero lo importante es registrar que tipo de aproximación se verifica en la práctica política. Y en el caso latinoamericano las divergencias no son menores.

Las contradicciones del operaísmo

Tanto Negri como Holloway desarrollan la tesis de la corriente operaísta que desde los años 70 postuló dos conceptos : la primacía de la lucha de clases en el análisis social y la creciente dependencia del capital

hacia el trabajo. Particularmente Holloway resalta la vulnerabilidad de los opresores frente a la insubordinación popular y describe como los explotadores se encuentran acorralados por la rebeldía obrera. Su conocida proclama resume esta visión : "ellos dependen de nosotros, porque la opresión es frágil y nosotros somos todopoderosos" [38]

Utilizando el mismo esquema analítico Negri [39] atribuye la aparición del keynesianismo y el surgimiento de la globalización a la lucha de la clase obrera. Interpreta cada cambio del paradigma capitalista como una adaptación de la burguesía a la insurgencia popular. Por eso considera que la acción del proletariado determinó el pasaje del liberalismo al estado de bienestar, del fordismo al posfordismo y de los estados nacionales al imperio.

Pero este enfoque choca con todas las interpretaciones del neoliberalismo que acertadamente subrayan lo contrario : la ofensiva del capital sobre el trabajo. Es evidente que desde la irrupción thatcherista las clases dominantes recuperaron la iniciativa y propinaron significativos golpes a los asalariados. Aunque este proceso no ha sido uniforme y enfrenta serias resistencias (especialmente en América Latina), es un completamente desacertado evaluar que "somos todopoderosos". Incluso en un sentido alegórico la frase sugiere todo lo contrario a lo que realmente sucede. La burguesía -a escala global- no se encuentra de ninguna manera abrumada por ofensivas populares.

Es cierto que el keynesianismo fue en gran medida un resultado de las demandas sociales de posguerra. Pero el neoliberalismo refleja un proceso opuesto de arremetida patronal. Los capitalistas recuperaron confianza con el debilitamiento de los sindicatos, el reflujo de la clase obrera y la crisis del proyecto socialista.

La visión operaísta olvida que el principio básico del capitalismo es la vigencia de un sistema de explotación, basado en la propiedad privada de los medios de producción. En este régimen ellos no dependen de nosotros. Al contrario, los empresarios tienen la facultad de contratar y despedir trabajadores bajo las reglas compulsivas del mercado laboral. Dentro del capitalismo la lucha obrera puede limitar pero no revertir esta dominación. Ni siquiera en los períodos de mayor insubordinación popular los trabajadores pierden su condición de explotados.

Explicar la dinámica del capital partiendo exclusivamente de la resistencia obrera conduce a dificultades teóricas y empíricas insuperables. El enfoque operaísta nunca logra establecer demostraciones consistentes de la dependencia del capital hacia el trabajo. Un ejemplo de estos problemas es la explicación autonomista de la "fuga del dinero hacia las finanzas" bajo el impacto de la insubordinación obrera [40]. Este tipo de escapatorias solo se verifica en situaciones excepcionalmente caóticas o revolucionarias. Ninguna transformación financiera contemporánea -desregulación, globalización o gestión accionaria- ha sido producto de sublevaciones populares. Estos cambios se concretaron en condiciones de ofensiva neoliberal y no bajo la presión del "poder del trabajo".

La huida sostenida del capital hacia las finanzas ni siquiera puede concebirse en términos hipotéticos, porque en esa eventualidad se agotaría la extracción de plusvalía que sostiene al sistema. La fuga del capital es una noción vaga y exenta de fechas. Sugiere, además, una escapatoria que es inmune a las fluctuaciones cíclicas de la acumulación y por lo tanto alude a situaciones inexistentes e improbables.

Multipoder y derivación

Ciertas vertientes del autonomismo se nutrieron de la crítica al estatismo socialdemócrata. En oposición a la confianza en la plasticidad del estado para favorecer el progreso y la igualdad remarcaron que esta institución se encuentra "inmersa en relaciones sociales capitalistas" que impiden esa deseable evolución [41]. También demostraron la inconsistencia de las expectativas keynesianas en un retorno al estado de bienestar y la incoherencia de venerar un estado social europeo, que atraviesa una significativa mutación hacia el neoliberalismo.

Pero en su afán por resaltar los límites de la autonomía estatal, Holloway se desliza hacia el otro extremo y desconoce que las clases dominantes controlan la sociedad, porque cuentan con una institución que les permite no solo someter a los oprimidos, sino también cohesionarse, ordenar la reproducción y acotar sus rivalidades.

El estado no se limita a operar dentro de ciertas relaciones sociales. También actúa separándose parcialmente de ese universo a través del manejo cotidiano del poder por parte de una burocracia, cuya expansión consagra la fractura estable del estado con el conjunto de la sociedad.

Los teóricos autonomistas proponen cambiar la sociedad sin tomar el poder porque desconocen que el dominio burgués se concentra en ciertas áreas que aseguran la reproducción del capital. Consideran que el poder se encuentra diseminado en múltiples geografías, imprecisos espacios y lugares no identificables [42]. Esta ausencia de localización conduce a otros teóricos a invalidar la teoría del imperialismo [43].

Pero si el poder se encuentra tan fragmentado : ¿Por qué predomina un ordenamiento geopolítico jerarquizado a escala global ? Es evidente que las fuerzas miliares que sostienen a este edificio se condensan en estructuras centralizadas. No es muy compatible suponer, por un lado, que el "poder está en todas partes y en ninguna" y reconocer, por otra parte, la presencia mundial dominante del Pentágono. Es evidente que las clases explotadoras gobiernan a través de estados gigantescos y no mediante dispersos micropoderes.

La visión autonomista del estado que postula Holloway recoge también ciertas tesis de la concepción derivacionista que utilizaron algunos marxistas en los años 70 para refutar al reformismo. Se proponían extender al estado el patrón de estudio que se aplica al análisis de la acumulación, recurriendo a una investigación basada en la lógica del capital [44].

Esta concepción contribuyó a esclarecer ciertas especificidades capitalistas del estado, pero olvidó que el nivel de abstracción utilizado por Marx para indagar el capital en general, no puede proyectarse directamente al estudio del estado. Esta institución fue la premisa histórica del modo de producción vigente, permitió desenvolver la acumulación primitiva y su origen se remonta -al igual que la propiedad privada- a la escisión clasista de la sociedad. El estado surgió como aparato administrativo para monopolizar el ejercicio de la violencia dentro de ciertas fronteras y se consolidó en la competencia militar por el dominio de esos territorios. La visión derivacionista no toma en cuenta este origen estatal previo al afianzamiento del capitalismo y por eso no logra esclarecer las funciones concretas de esa institución. Al identificarla con el capital, asemeja dos objetos de análisis que no comparten el mismo nivel de abstracción.

Holloway se apoya en teorías del multipoder y la derivación para ilustrar la imposibilidad de cualquier transformación social centrada en el estado. Sugiere que la sólida imbricación entre esta institución y la sociedad inviabiliza el proyecto de transformar inicialmente al primer organismo para revolucionar luego al segundo. Propugna en cambio desenvolver el antipoder desde la sociedad para anular las potestades del estado.

Pero optar por una u otra secuencia no es indistinto. Un proceso anticapitalista exige controlar al estado para eliminar, renovar y crear las instituciones que permitan una transformación socialista. Este proyecto no puede iniciarse desde cualquier lado. La centralidad que tiene el estado para la dominación de la burguesía obliga a desactivar primero esa fuente de opresión. Sin reemplazar un estado por otro no hay forma de cambiar la sociedad.

Es por otra parte falso que esta estrategia conduzca a perpetuar al estado. La meta socialista es justamente la opuesta : disolver esa estructura opresiva a medida que se construye la nueva sociedad. Ciertos anticipos de este proyecto tienden a aparecer durante los períodos revolucionarios en las formas de autoadministración popular. En estas etapas se quiebra la distancia que separa al conjunto de la sociedad movilizadora de un aparato históricamente

elitista y hostil a la participación popular.

Este rumbo emancipatorio requiere prioridades y etapas que son desconocidas por quienes declaran que "cualquier estado reproduce la opresión capitalista". Es cierto que la triple secuencia del proyecto socialista -destruir el viejo estado y construir otro para comenzar a disolverlo- no pudo hasta ahora ponerse en práctica. Pero esta limitación también afecta al planteo autonomista y no invalida el proyecto de una sociedad poscapitalista.

Regulación y subjetivismo

Los autores autonomistas comparten ciertos fundamentos teóricos pero no coinciden en definiciones filosóficas o políticas. Especialmente en los últimos años se observa una significativa escisión entre el radicalismo subjetivo de Holloway y el regulacionismo posindustrialista de Negri. El primer autor cuestiona la evolución teórica del segundo y objeta el abandono del principio de insubordinación, la introducción de criterios de clasificación y el deslizamiento hacia una visión antihumanista, que etiqueta el pensamiento y renuncia al análisis crítico [\[45\]](#).

Efectivamente Negri dejó de lado el énfasis en la lucha de clases, pero este abandono derivó de su intento de clarificar ciertas transformaciones del capitalismo contemporáneo (globalización, transnacionalización, informatización). Los errores de esta investigación no provienen de una despreocupación por el conflicto entre el capital y el trabajo, sino de la adopción de conceptos posindustrialistas. En lugar de criticar estos fundamentos Holloway arremete contra los criterios de clasificación, olvidando que estos criterios son indispensables para cualquier estudio del capitalismo actual.

Holloway extrema la defensa de las tesis operaístas y convoca a fijar la mirada en los ámbitos de la insubordinación popular. Pero cuánto más se compenetra en esta esfera, más inconvenientes encuentra para explicar la realidad económica, social y política contemporánea. Proclama que "los oprimidos son todopoderosos" pero no aclara las causas de semejante ímpetu. Para esclarecer la realidad actual hay que recorrer un camino inverso de análisis del funcionamiento y las crisis del capitalismo.

Frente al giro conservador que induce el regulacionismo de Negri, Holloway se mantiene en un campo radical. Pero sus planteos son políticamente nebulosas y teóricamente vagos. No logra clarificar los problemas que aborda porque rechaza categóricamente cualquier separación conceptual entre la esfera objetiva y subjetiva. No capta que esta delimitación tiene propósitos analíticos y no conduce a diluir la gravitación del sujeto. Al contrario, permite estudiar el desenvolvimiento de los individuos desde ángulos diversos. La distinción entre las dimensiones objetivas y subjetivas es metodológica y cumple el mismo papel que separar las indagaciones abstractas de las concretas o las investigaciones empíricas de las lógicas.

Es cierto que la lucha de clases ocupa un lugar central en el análisis social, pero es equivocado obviar el marco de esa confrontación. La batalla entre opresores y oprimidos no se auto-explica. Para comprenderla hay que desentrañar -con el auxilio de criterios objetivos- las peculiaridades de cada contexto capitalista. Si Marx consideraba que la plusvalía y no la lucha de clases constituía su principal descubrimiento es porque asignaba gran relevancia a esta forma de indagación.

La mirada centrada en el grito no alcanza para ilustrar en qué condiciones se desenvuelven las rebeliones. Esa clarificación exige considerar la coyuntura económica, la fuerza social de los trabajadores, el grado de militancia y el nivel conciencia de los explotados. Analizando la totalidad de estos procesos se explica porqué la lucha de clases adopta mayor o menor intensidad en cada circunstancias. Como el subjetivismo extremo no registra estos vaivenes, tiende a quedar petrificado por la impresión de crisis perpetuas y sublevaciones inagotables.

Aceptar la introducción de componentes objetivos en el análisis social no implica recrear el cientificismo o el funcionalismo. Holloway asocia la utilización de esos criterios con el "encarcelamiento del sujeto" y el "eclipse de la acción humana", sin notar como contribuyen a evaluar el papel de las estructuras que condicionan la práctica humana. Cuando se desconoce estos determinantes, el desarrollo de los acontecimientos parece signado por la contingencia y las explicaciones pierden sentido histórico.

Holloway acierta al recordar que la investigación en las ciencias sociales no se desenvuelve en entornos artificiales y que en esta área el sujeto se encuentra directamente involucrado con su objeto de estudio. Pero aunque la sociedad no sea un laboratorio experimental conforma un marco que limita las posibilidades de acción de los individuos. Si se ignora este condicionamiento histórico-social resurge la ilusión en el libre albedrío.

Negatividad y escape

Holloway [46] defiende el cuestionamiento negativo como único criterio válido para analizar la resistencia a la dominación. Considera que cualquier enunciación positiva malogra la carga crítica de esa indagación. Pero esta postura le impide notar que un planteo positivo se encuentra potencialmente presente en toda reflexión. La autogestión es un ejemplo de estas alternativas dentro del propio enfoque autonomista. Aquí se evidencia como la crítica no es incompatible con la enunciación de cursos de acción.

Holloway identifica el criterio de negatividad con la rebelión. Por eso postula que el pensamiento revolucionario nace de la ira y percibe correctamente que en la reacción contra la injusticia fermentan los proyectos emancipatorios. Pero confunde el punto de partida con la maduración de esa opción. El grito solo inaugura la posibilidad de una alternativa. No asegura su desenvolvimiento, ni su realización.

El temor a que una formulación positiva diluya la indignación contra la opresión fue históricamente desmentido por todos los pensadores revolucionarios, que partiendo de una experiencia rebelde desarrollaron una praxis complementaria de teoría y acción.

No es cierto que "cuánto más estudiamos más disipa nuestra negatividad" [47]. Al contrario una práctica sin correlato reflexivo tiende a desgastar las energías críticas, porque el grito en sí mismo no alumbra una concepción renovadora, ni orienta un curso anticapitalista.

La imagen que presenta Holloway de "la revolución como una fuga" no es solo una figura poética. Representa una forma de encarar las encrucijadas sociales soslayando la política. Este escape conduce a sustituir los dilemas tácticos o estratégicos por reflexiones filosóficas. Holloway argumenta que su aporte es teórico, pero extrema tanto el divorcio de esa reflexión con la aplicación política y la verificación histórica, que termina exponiendo un pensamiento completamente abstracto.

La figura de la huida es celebrada por muchos autonomistas. Esa reivindicación coincide con la fascinación por los marginados, que son frecuentemente vistos como artífices de la nueva sociedad. Para Negri [48] los desertores, los refugiados y los nómades conforman una multitud que reemplaza al proletariado, al pueblo y a los explotados como sujeto social transformador. Pero al sugerir que la emancipación emergerá de ese exilio su peregrinación liberadora termina excluyendo al grueso de la sociedad.

Preguntas y respuestas

Entre los autonomistas es muy corriente reivindicar la duda como un gesto virtuoso y presentar el interrogante

eterno como un mérito. Olvidan que nadie está obligado a salir del anonimato si estima que sus ideas no maduraron y también omiten que los interlocutores de cualquier intervención siempre esperan escuchar algo relevante, incomprendido o ignorado.

De esa forma progresa el pensamiento desde hace varios siglos y si los autonomistas ocupan cierto espacio en el debate social contemporáneo es porque también ofrecen caracterizaciones y propuestas. No se limitan a "preguntar caminando". Difunden un proyecto de autogestión, construcción de cooperativas y organización horizontal.

La enfática defensa de la incertidumbre es una reacción contra el dogmatismo que caracterizó (y aún predomina) en varias corrientes de la izquierda. Esta rigidez es contraproducente y conduce a la mera repetición de modelos preestablecidos. Pero este escollo que no se supera anunciando la total ignorancia de rumbos emancipatorios. Con ese tipo de mensajes se avala la creencia neoliberal en la ausencia de alternativas al régimen actual.

Es cierto que las respuestas sin preguntas de los doctrinarios generan simples reiteraciones. Pero las preguntas sin respuestas sólo crean nuevos enigmas. De la pura incógnita no emerge el diálogo, ni el cruce de argumentos. La falta total de certezas impide desarrollar conceptos y en lugar de estimular la creatividad o el espíritu rebelde conduce al descreimiento agnóstico.

Las definiciones no son etiquetas, ni obstruyen la rebelión [49]. Son instrumentos para esclarecer ideas y ordenar nociones. La fobia contra esta organización del pensamiento es tan nociva como el reduccionismo que cuestiona Holloway. El conocimiento científico y el uso de criterios analíticos objetivos no son resabios del "ultraracionalismo de la izquierda" [50]. Son instrumentos para comprender la realidad y permiten dilucidar ciertas verdades que no surgen de la experiencia inmediata.

Reconocer la importancia de ciertas respuestas no implica aceptar un destino teleológico. Este fantasma preocupa a muchos autonomistas que equiparan la defensa de un proyecto emancipatorio con la confianza en un devenir predeterminado de la historia. No registran que ambas posturas son completamente diferentes, porque la primera resalta y la segunda desconoce el protagonismo de los sujetos.

El temor a las actitudes teleológicas conduce a otros autonomistas a rechazar los criterios de reflexión histórica y observar el curso de los acontecimientos como una sucesión de contingencias. Semejante indeterminismo contradice incluso la percepción de las cooperativas o la democracia directa como organizaciones adaptadas al mundo actual. Si el desenvolvimiento histórico fuera un caos dominado por el azar no tendría sentido empeñarse en la lucha por ningún proyecto.

Los autonomistas que buscan cambiar el mundo y erradicar la explotación podrían comenzar a observar con más atención las propuestas renovadoras del socialismo. En la elaboración de estos proyectos se procesan las respuestas que necesitan los oprimidos para triunfar.

Buenos Aires, 1° de mayo del 2005

Bibliografía :

- ▶ Albert Michael, Hahnel Robin." In defence of participatory". "Building Socialism theoretically : alternatives to capitalism and the invisible hand". Special Issue, Science and Society, vol 66, n 1, spring 2002, New York
- ▶ Ali Tariq. "Tomar el poder para transformar el mundo". Red Voltaire, 9-8-04

- ▶ Astarita, Rolando. "La importancia revolucionaria de la "lógica del capital" para la estrategia socialista. Cuadernos del Sur, n 21, mayo 1996, Buenos Aires.
- ▶ Bensaid Daniel. "Cris et crachats". Contretemps, 8, septembre 2003, Paris.
- ▶ Bensaid Daniel. "La política como estrategia". Herramienta n 24, primavera verano 2003-2004, Buenos Aires.
- ▶ Bensaid Daniel. "La revolution sans prendre le pouvoir ?". Contretemps n 6, fevrier 2003, Paris.
- ▶ Bernal Isidoro Cruz. "John Holloway. "Como cambiar el mundo sin tomar el poder". Elegante manera de hacerse el distraído". Convergencia socialista, n 16, julio-junio 2002, México.
- ▶ Bonnet Alberto. "Diciembre en los pasillos de la academia". Cuadernos del Sur 37, mayo 2004, Buenos Aires.
- ▶ Bonnet Alberto. "Hopetuel voyage : uncertain point of arrival ? Capital and Class n 85, spring 2005, London.
- ▶ Borón Atilio. "¿Lucha nacional o lucha global". ((Clarín-ñ, 4-9-04), Buenos Aires.
- ▶ Boron Atilio. "La selva y la polis : reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo". Convergencia socialista, n 16, julio-junio 2002, México.
- ▶ Boron. "Holloway on power and the state illusion" Capital and Class n 85, spring 2005, London
- ▶ Callinicos Alex. "Toni Negri in perspective". International Socialism n 92, Autumn 2001.
- ▶ Ceceña Ana E. "Por la humanidad y contra el neoliberalismo". Resistencias mundiales, Clacso, Buenos Aires, marzo 2001.
- ▶ Ceceña Ana Esther. "Entrevista" (Página 12, 1-12-02) Buenos Aires
- ▶ Colson Daniel. "Gilles Deleuze et la tradition libertaire". Contretemps n 7, mai 2003, Paris.
- ▶ Dinerstein Ana. "John Holloway's change the world without taking power" Capital and Class n 85, spring 2005, London.
- ▶ Dussel Enrique. "Diálogo con John Holloway". Herramienta n 26, julio 2004, Buenos Aires.
- ▶ Epstein Barbara . "Anarchism anti-globalization". Monthly Review n 4, v 53, september 2001, New York.
- ▶ Fernandez Buey Francisco. "¿Cambiar el mundo sin tomar el poder ?". Herramienta n 22, otoño 2003, Buenos Aires.
- ▶ Ghigliani Pablo. "Nouns and verbs, Holloway's understanding of revolution. Capital and Class n 85, spring 2005,

London.

- ▶ Gilly Adolfo. "El hacedor". Cuadernos del Sur, n 35, mayo 2003, Buenos Aires.
- ▶ Gottraux Philippe, Voutat Bernad. "Anarchisme et marxisme". Contretemps, n 6, février 2003, Paris.
- ▶ Hearse Phil. "Change le monde san prendre le pouvoir ?". Inprecor 487, novembre 2003, Paris.
- ▶ Held David. La democracia y el orden global, Paidos, Barcelona, 1995.
- ▶ Hirsch Joachim. "Poder y antipoder", Cuadernos del Sur, n 35, mayo 2003, Buenos Aires.
- ▶ Jessop Bob, "State theory". Capital and class 75, autumn 2001, London.
- ▶ Jessop Bob. "Osos polares y lucha de clases". Cuadernos del Sur, n 21, mayo 1996, Buenos Aires.
- ▶ Lopez Nestor. "Debate Holloway-Dussel-Borón". Herramienta n 27, octubre 2044, Buenos Aires.
- ▶ Lopez-Menendez. " Que se vayan todos". Capital and Class n 85, spring 2005, London.
- ▶ Lowy Michael. "Walter Benjamín, marxiste-libertaire". Contretemps, n 6, février 2003, Paris.
- ▶ Lowy Michel. "La cuestión del poder puesta en debate". Herramienta n 23, invierno 2003, Buenos Aires.
- ▶ Mandel Ernest. "Variables partiellement indépendantes et logique interne dans l'analyse economique marxist clasique". Le capitalisme tardif, Nouvelle Edition, La Pasion, Paris, 1998.
- ▶ Mandel Ernest. Marxismo abierto , Crítica, Barcelona 1982.
- ▶ Manfredonia Gaetano. "En partant du debat Marx, Prohudon, Bakounine". Contretemps, n 6, février 2003, Paris.
- ▶ Mathers Andrew, Taylor Graham. "Contemporary struggle in Europe". Antipower or counterpower ? Capital and Class n 85, spring 2005, London.
- ▶ McNally. Another world is possible. Arbeiter Ring Publishing, Winnipeg, 2002.
- ▶ Mendez Andrés. "Tomar el poder, no : construir el contrapoder". Herramienta n 22, otoño 2003. Buenos Aires
- ▶ Molyneux John, Kostik Conor. Anarchisme : une critique marxiste, International, Supplément au Journal Socialisme International n 61, mai 1993, Paris.
- ▶ Pelletier Willy. "Les anarchistes et la reproduction de l'anarchisme". Contretemps, n 6, février 2003.

- ▶ Petit Mercedes. "Cambiar el mundo sin tomar poder ". Alternativa Socialista, 2.10-02
- ▶ Petras James. "América Latina : el regreso de la izquierda". Cuadernos del Sur, n 25, octubre 1997, Buenos Aires
- ▶ Petras James. "Imperialismo y resistencia en Latinoamérica". Los intelectuales y la globalización. Abya-Yala, Quito, 2004.
- ▶ Raijland Beatriz "Que cien años no es nada". Periferia n 11, 2do semestre de 2003, Buenos Aires.
- ▶ Rodriguez Lascano Sergio. "Puede ser verde la teoría ?". Herramienta. N 24, Primavera Verano 2003-2004. Buenos Aires
- ▶ Rodriguez Lascano Sergio. "Que hacemos con los ricos" ?. Correspondencia de Prensa n 1068, 28-2-05
- ▶ Rodriguez Lazcano Sergio. "¿Slogan moral u otra forma de hacer política ?". Correspondencia de Prensa n 781, 20-9-04.
- ▶ Romero Aldo. "La renovada actualidad de la revolución". Herramienta n 21, Buenos Aires, 2003.
- ▶ Saénz Roberto. "A un siglo del Que hacer". Socialismo o Barbarie, n 15, septiembre 2003. Buenos Aires
- ▶ Shanro Alan . "La conciencia desde fuera : marxismo, Lenin y el proletariado". Herramienta n 8, primavera-verana 1998-99. Buenos Aires
- ▶ Shanro Alan. "Lenin y la hegemonía : los sóviets, la clase trabajadora y el partido..." Razón y Revolución, n 9, otoño 2002, Buenos Aires.
- ▶ Smith Sharon. "Les Democratres ne meritent pas notre soutien". Inprecor 488, décembre 2003, Paris.
- ▶ Solomon Norman. "Nous avons la responsabilité d'oeuvrer a la defaite de Bush". Inprecor 488, décembre 2003, Paris
- ▶ Spadoni Patrice. "Daniel Guérin, ou le proyect d'une synthese entre l'anarqchisme et le marxisme". Contretemps, n 6, février 2003, Paris.
- ▶ Spagnolo Alberto, Jara Jorge, Fernández Andres. MTD.-Reportajes (Página 12, 14, 10-02, 4-11-02). Buenos Aires.
- ▶ Svampa Maristella. "Relaciones peligrosas". El Rodaballo, n 15, invierno 2004, Buenos Aires.
- ▶ Tarcus Horario. "Esperando que llegue una nueva izquierda". Página 12, 29-11-04, Buenos Aires.
- ▶ Texier Jacques. "L'etat moderne comme forme de la communauté". Contretemps, n 3, fevrier 2002, Paris.

- ▶ Thwaites Rey M. " La noción gramsciana de hegemonía en el convulsionado fin de siglo", Gramsci mirando al sur. Kohen y asociados internacional, Buenos Aires, 1994.
 - ▶ Thwaites Rey Mabel. "La autonomía como mito y como posibilidad". Cuadernos del Sur, n 36, noviembre 2003 Buenos Aires.
 - ▶ Thwaites Rey Mabel. "The state as a contradiction". Capital and Class n 85, spring 2005. London
 - ▶ Truchetto Maria. "De l'ouvrier masse a l'entreprenuralité commune". Bidet Jacques, Kouvélakis Eustache. Dictionnaire Marx contemporain, Puf, Paris, 2001
 - ▶ Vega Cantor Renán. "Es posible conciliar la tradición con la revolución ?". Herramienta 25, abril 2004. Buenos Aires
 - ▶ Vega Cantor Renán. "La historia brilla por su ausencia". Herramienta n 22, otoño 2003. Buenos Aires.
 - ▶ Venturini Juan Carlos. "El mito del centralismo democrático". Alfaguara, n 17, Montevideo, mayo 1997.
 - ▶ Wallerstein Imanuel. "A left politics". Monthly Review 8 v 53, January 2002. New York
 - ▶ Wallerstein Imanuel. "Otro mundo es posible" (Página 12, 6-3-02). Buenos Aires.
-

* **Economista**, profesor de la UBA, investigador del Conicet. Miembro del EDI (Economistas de Izquierda). Su página Web es : www.netforsys.com/claudiokatz

Post-scriptum :

Notas :

[1] Zibechi Raúl. Genealogía de la revuelta, Letra Libre, Buenos Aires, 2003.

[2] Negri Antonio, Hardt Michael. Imperio, Paidós, Buenos Aires, 2002.

[3] Holloway John. Cambiar el mundo sin tomar el poder. Herramienta-Universidad de Puebla, Buenos Aires 2002.

[4] Editorial. "Del deseo a la realidad". El Rodaballo, n 15, invierno 2004, Buenos Aires.

[5] Un ejemplo de esta visión es : Adamovsky Ezequiel. "El movimiento asambleario en la Argentina". El Rodaballo, n 15, invierno 2004.

[6] Zibechi Raul. ¿Qué hay de común entre piqueteros y zapatistas ?". Correspondencia de Prensa 1015, 18-12-04

[7] Zibechi, Genealogía (cap 4)

[8] Zibechi, Genealogía.(cap 1,2,3,4,6)

- [9] Holloway John. "La renovada actualidad de la crítica". Herramienta n 22, otoño 2003.
- [10] Negri. Imperio (cap 3), Negri Toni. "Entrevista", (Clarín-ñ, 28-8-2004).
- [11] Hirsch Joachim. " Adios a la política". Viento del Sur, n 17 , agosto 2000, México.
- [12] Zibechi, Genealogía (cap 2,4,7).
- [13] Colectivo Contrapoder. "Somos autonomistas, pero somos más que eso" Herramienta n 26, julio 2004.
- [14] Holloway Cambiar (cap 4 y 5).
- [15] Holloway John. "Eso no es democracia, sino revolución". Herramienta n 23, invierno 2003. "Conduce tu carro y tu arado". Herramienta. N 24, Primavera Verano 2003-2004.
- [16] Zibechi, Genealogía (cap 4 y 1)
- [17] Ouviaña Hernán. "Zapatistas, piqueteros y sin tierra". Cuadernos del Sur 37, mayo 2004.
- [18] Holloway John. "Change the world without taking power". Capital and Class n 85, spring 2005.
- [19] Adamovsky. El movimiento.
- [20] Hemos discutido este problema en : Katz Claudio, El porvenir del socialismo. Ed. Herramienta e Imago Mundi, Buenos Aires, 2004 (cap 5)
- [21] La decisión de varios líderes autonomistas de apoyar a Kerry contra Bush es un ejemplo reciente de esta actitud.
- [22] Holloway. Eso no es democracia.
- [23] "El gobierno de Kirchner corresponde a un pasaje positivo para la prosecución constituyente de la situación argentina". Negri, Toni. "Con Kirchner y Lula el Cono Sur mejoró". (Página 12,19-10-03). "El viaje de Lula a Davos ha sido positivo, y puede ayudar....Lula tiene poder para modificar la agenda" de Davos. Hardt Michel. "Lula tem poder para mudar a agenda". (O Globo, 30-1-05).
- [24] Zibechi, Genealogía (cap 2,3,4 y 5)
- [25] Este es el sentido por ejemplo de la convocatoria de Holloway a realzar el "hacer humano basado en la amistad y el amor". Holloway John.. "Nunca fue tan obvio que el capitalismo es un desastre". Convergencia socialista, n 16, julio-junio 2002. "Entrevista". (Página 12, 29-9-02)
- [26] Bonefeld Werner. "Estado, revolución y autodeterminación". Cuadernos del Sur 34, noviembre 2002
- [27] En el caso argentino el hostigamiento a la izquierda alcanza niveles asombrosos. Algunos desconocen que a esta corriente se le puede objetar incapacidad para convertirse en una alternativa popular mayoritaria, pero no culpabilidad por la catástrofe que soporta el país. Aquí radica una distinción con el resto del espectro político que los críticos -como Tarcus- suelen desconocer. Es falso comparar a la izquierda con las sectas religiosas, porque la expectativa en salvaciones celestiales es la antítesis de la batalla cotidiana por los derechos de los trabajadores. Este compromiso distingue a la izquierda militante de cualquier secta, incluso cuándo adoptan políticas sectarias. Tarcus Horacio. "La lenta agonía de la vieja izquierda". El Rodaballo, n 15, invierno 2004.
- [28] "Hay que cambiar el mundo sin tomar el poder. ¿Cómo hacerlo ? No lo sabemos... Al final de este libro no se responde...(porque)...no saber es parte del proceso revolucionario". Holloway, Cambiar (cap 3 y 11)

[29] Holloway John. "El árbol de la vida", Herramienta. N 24, Primavera Verano 2003-2004.

[30] Reformistas y revolucionarios

[31] Holloway, Cambiar (cap 2)

[32] Holloway. La renovada

[33] Algunas de estas ideas de este proyecto plantea : Palomino Hector. "La Argentina hoy. Los movimientos sociales". Herramienta n 27, octubre 2044, Buenos Aires.

[34] Zibechi, Genealogía (cap 4)

[35] Zibechi Genealogía (cap 4 y 7)

[36] Mattini Luis. "Autogestión productiva y asambleismo". Cuadernos del Sur, n 36, noviembre 2003. Holloway. Cambiar (cap 2)

[37] Los integrantes de esta tendencia se consideran no solo independientes del capital, del estado y de los partidos políticos, sino también de los opresores y los oprimidos. Este tipo de autonomismo absoluto es una quimera y solo alimenta actitudes escépticas o transgresoras afines al anarco-capitalismo.

[38] Holloway. Cambiar (cap 3, 8, 9,10).

[39] Negri Toni. "Entrevista". Herramienta 15, Otoño 2001. Negri Imperio, (cap 11 y 12)

[40] Holloway, John. "La osa mayor". Cuadernos del Sur, n 21, mayo 1996, Buenos Aires. Holloway John. "Valor, crisis y lucha de clases". Herramienta 15, otoño 2001. Holloway, John ; Bonefeld, Werner. "Dinero y lucha de clases. Globalización y estados-nación. Cuadernos del Sur, 1995. Hemos discutido esta tesis en : Katz Claudio -"Enigmas contemporáneos de las finanzas y la moneda". Revista Ciclos, n 23, 1er semestre 2002, FCE-UBA, Buenos Aires.

[41] Holloway, Cambiar (cap2)

[42] Holloway reconoce aquí la inspiración de Foucault. Cambiar (cap 3).

[43] Negri. Imperio (cap 2 y 11)

[44] Holloway, John. Marxismo, estado y capital. Cuadernos del Sur, 1994, Buenos Aires.

[45] Holloway John. "Tiempo de revuelta". Cuadernos del Sur, n 35, mayo 2003, Cambiar (cap 9). El mismo tipo de objeciones plantea Bonefeld Werner. "El principio de la esperanza en la emancipación humana". Herramienta 25, abril 2004.

[46] Holloway, Cambiar (cap 6)

[47] Holloway Cambiar (cap 1)

[48] Negri Imperio, (cap 9).

[49] "La clase obrera lucha contra ser definida"... "El enfoque definicional toma distancia de nosotros mismos". Holloway Cambiar (cap 8).

[50] Como supone Mattini. "Autogestión"